

broma, de banquete y de baile todo el día, y á veces toda la noche. Y así pasan esas furias terrestres su sábado. Otra especie de locos llevan á esos perros del infierno (quiero decir el príncipe del desorden y sus cómplices) pan, buena cerveza, queso añejo, queso fresco, tortas, tartas, nata, carne, ya una cosa, ya otra.

«En la fiesta de Mayo, dice en otra parte, se reúnen los hombres, mujeres y niños de cada parroquia, ciudad ó pueblo; se van al bosque... donde pasan la noche divirtiéndose, y por la mañana traen ramas de abedules y de otros árboles, y sobre todo su joya más preciosa, el árbol de Mayo, que llevan reverentemente con veinte ó cuarenta pares de bueyes, á cuyos cuernos atan hermosos ramos de flores... Plantan ese Mayo, ó, más bien, ese repugnante ídolo; siembran de flores el césped del contorno; instalan en derredor cenadores y plazoleas de follaje, y saltan y bailan, comen y se regodean, como los paganos en la dedicación de sus ídolos... De cada diez doncellas que van al bosque esa noche, nueve vuelven embarazadas.» «...El martes de carnestolendas, dice otro, al son de la campana, millares de personas se vuelven locas, y olvidan todo decoro y toda sensatez... En esas execrables pasatiempos tributan homenaje y sacrificio al diablo y á Satán.» En efecto (1): se lo tributan á la naturaleza, al antiguo Pan, á Freya, á Hertha, sus hermanas, á las antiguas divinidades teutónicas conservadas al través de la Edad Media. En este instante, en medio de la decadencia pasajera del cristianismo y del súbito

(1) *Hentzner's Travels in England.*

Opina que la figura que llevaban en carro en la fiesta de la siega era la de Ceres.

desarrollo del bienestar corporal, el hombre se adora á sí propio, y no queda vivo en él más que el pagano.

IV

Para concluir, ved qué camino toman las ideas á la sazón. Algunos sectarios, sobre todo de la clase media y del pueblo, se desojan tristemente sobre la Biblia. Pero la corte y las personas del mundo buscan sus preceptores y sus héroes en Roma y en la Grecia pagana. Hacia 1490 (1) se empiezan á leer nuevamente los clásicos; uno tras otro se traducen, y no tarda en estar de moda leerlos en el original. Isabel, Juana Grey, la duquesa de Norfolk, la condesa de Arundel, muchas damas leen corrientemente á Platón, á Xenofonte y á Cicerón, y se deleitan con esa lectura. Poco á poco, por un progreso insensible, el hombre se eleva hasta la altura de los grandes y sanos espíritus que quince siglos atrás habían manejado sin rebozo todas las ideas. No entiende sólo su lengua, sino su pensamiento; no repite ya una lección suya, sino que sostiene una conversación con ellos; es su igual, y sólo en ellos encuentra espíritus tan viriles como el suyo. Porque no son ergotistas de escuela, compiladores mise-

(1) Warton, tomo II, § 4; tomo III, § 1.

Antes de 1600 están traducidos en inglés todos los grandes poetas de Grecia y de Roma; de 1550 á 1616 se traducen todos los grandes historiadores. En 1500 Lilly enseña el griego públicamente por primera vez.

ros, pedantes desabridos, como los profesores de jerin-gonza que la Edad Media les imponía, como ese Duns Escoto, cuyas hojas dispersan al viento en este instan-te los comisarios de Enrique VIII. Son «nobles», hom-bres de Estado, personas de las más corteses y mejor educadas del mundo, que saben hablar, que sacan sus ideas, no de los libros, sino de las cosas: ideas vivas y que de suyo penetran en las almas vivas. Por en-cima de la procesión de los escolásticos encapirotados y de los disputadores mezquinos se dan la mano las dos edades adultas y pensadoras, y el hombre moder-no, haciendo callar las voces infantiles ó gangosas de la Edad Media, no se digna ya departir más que con la noble antigüedad. Acepta sus dioses; por lo menos, los comprende, y de ellos se rodea. En los poemas, en los festines, en los tapices, en casi todas las ceremonias aparecen, no ya restaurados por la pedantería, sino reanimados por la simpatía, y dotados por las artes de una vida tan lozana y tan profunda casi como la que tenían en su primera cuna. Después de la horrible noche de la Edad Media y de las dolorosas leyendas de aparecidos y condenados, es un deleite volver á ver el radiante Olimpo de Grecia; sus dioses bellos y he-roicos cautivan una vez más el corazón de los hombres, elevan é instruyen á esa joven sociedad hablándole la lengua de sus pasiones y de su genio, y ese siglo de acciones viriles, de libre sensualidad, de audaz inven-ción, no tiene más que seguir su pendiente para reco-nocer en ellos sus maestros y los eternos promovedo-res de la libertad y de la belleza.

Muy cerca de éste hay otro paganismo, el de Italia, más seductor porque es moderno é infunde una nueva savia en el antiguo tronco, más atractivo porque es más sensual y ofrece el culto de la voluptuosidad y del

placer juntamente con el del genio y de la fuerza. Los rigoristas lo saben de sobra, y claman escandalizados. «Los sortilegios de Circe (escribe Ascham) han venido de Italia para pervertir las costumbres de Inglaterra, con ejemplos de mala vida, y sobre todo con los pre-ceptos de los malos libros traducidos últimamente del italiano al inglés, y vendidos en todas las tiendas de Londres. De esos libros profanos (1), impresos en estos últimos meses, hay más que los que se han visto en In-glaterra desde hace varias veintenas de años. Así la gen-te mira ahora con más respeto los «triumfos» de Petrar-ca que el Génesis de Moisés, y hace más aprecio de un cuento de Boccacio que de una historia de la Biblia.» En efecto; Italia tiene entonces visiblemente la prima-cía en todas las cosas, y allí se va á buscar la civiliza-ción como en su fuente. ¿Qué civilización es esa que de tal modo se impone á Europa, de donde procede toda ciencia y toda elegancia, que es ley en todas las cor-tes, y adonde van á buscar sus ejemplares y materia-les Surrey, Sidney, Spenser y Shakespeare? Es paga-na por su origen y naturaleza, por su lengua, que no es más que un latín apenas deformado, por sus tradicio-nes y sus recuerdos latinos, que no ha venido á inte-rumpir ninguna laguna, por su constitución, donde ha predominado desde un principio la antigua vida urba-na absorbiendo la vida feudal, y por el genio de la raza, donde siempre rebosaron el vigor la alegría.

Más de un siglo antes que nadie, á partir de Petrar-ca, Rienzi y Boccacio, empezaron á descubrir la anti-güedad perdida, á «libertar los manuscritos enterra-dos en los calabozos de Francia y Alemania», á res-taurarlos, á interpretar, comentar y meditar los

(1) *Ungracious*.

antiguos, á hacerse latinos de inteligencia y corazón, á componer en prosa y en verso con la urbanidad de Cicerón y de Virgilio, á considerar las amenas conversaciones y los goces intelectuales como el ornato y la flor más exquisita de la vida (1). Y no se apropian sólo las exterioridades de la vida antigua, sino su fondo, es decir, la preocupación de la vida presente, el olvido de la vida futura, la atención á los sentidos, la renuncia al cristianismo. «Hay que gozar», cantaba su primer poeta, Lorenzo de Médicis, en sus poesías bucólicas y en sus triunfos: «el mañana es incierto». Ya en Pulci aparece la incredulidad burlona, la expansión sensual y atrevida, toda la audacia de los librepensadores que sueltan con repugnancia la raída cogulla de la Edad Media. El es el que, en un poema burlesco, pone á la cabeza de cada canto un *Hosanna*, un *In principio*, un texto sagrado de la misa (2). El es quien, preguntándose lo que es el alma y cómo puede entrar en el cuerpo, la compara á esos dulces que se envuelven en pan blanco calentito. ¿Qué se hace de ella en el otro mundo? «Algunos creen que encontrarán allí papafigos y hortelanos muy bien pelados, vinos excelentes, buenas camas; y por eso siguen á los frailes y andan tras ellos. Pero nosotros, querido amigo, iremos al sombrío valle, donde no oiremos ya cantar ¡*Aléluya!*». Si buscáis un pensador más serio, oid al gran patriota, al Tucídides del siglo, á Maquiavelo,

(1) Ma il vero e principal ornamento dell' animo in ciascuno penso io che siano le lettere benchè i Francesi solamente conoscano la nobilità dell' arme... et tutti i litterati tengon per vilissimi uomini.—P. 112. ed. 1585, Castiglione, *Il Cortegiano*.

(2) Véase Burchard, mayordomo del Papa, descripción de la fiesta á que asistía Lucrecia Borgia; *Cartas del Aretino*, *Vida de Cellini*, etc.

que, contraponiendo el cristianismo y el paganismo, dice que el uno cifra la «felicidad suprema en la humildad, la abyección y el menosprecio de las cosas humanas, mientras que el otro funda el soberano bien en la grandeza de alma, en el vigor del cuerpo y en todas las prendas que hacen temible al hombre». Tras lo cual afirma atrevidamente que el cristianismo enseña á «soportar los males y no á realizar grandes hechos»; descubre en ese vicio interior la causa de todas las opresiones; declara que «los malos habían visto que podían tiranizar sin temor á hombres que, por ir al paraíso, estaban más dispuestos á soportar los agravios que á vengarlos». Por ese tono, y á despecho de las genuflexiones obligadas, se adivina de sobra cuál de las dos religiones se prefiere. El tipo ideal hacia el cual se dirigen todos los esfuerzos, á que todos los pensamientos se encaminan y que promueve toda esa civilización, es el hombre fuerte y feliz, dotado de todas las potencias que pueden satisfacer sus deseos y dispuesto á emplearlas en la persecución de su felicidad.

Si queréis ver tal idea en su obra capital, hay que buscarla en las artes, en esas artes del dibujo que anima y difunde por toda Europa, suscitando ó transformando las escuelas nacionales con tal originalidad y poderío, que de ella deriva todo arte viable y el mundo de figuras vivas con que puebla nuestros muros, señala como la arquitectura gótica ó la tragedia francesa, un momento único del espíritu humano. El Cristo escuálido de la Edad Media, el hombre mísero deformado y ensangrentado; la Virgen fea y lívida, la vieja é infeliz campesina desmayada al pie del patíbulo de su hijo; los mártires macilentos, consumidos por el ayuno y con ojos extáticos; las santas de pecho

raso y dedos angulosos: todas las visiones patéticas ó lastimeras de la Edad Media se han desvanecido. El cortejo divino que ahora se desarrolla no presenta ya más que cuerpos lozanos, semblantes regulares y nobles, bellos y desenvueltos continentes; los nombres son cristianos, pero todo aquello no tiene de cristiano más que el nombre. Aquel Jesús no es más que un «Júpiter crucificado (1).» Aquellas vírgenes que Rafael dibuja desnudas antes de ponerles un ropaje (2), no son más que bellas jóvenes, absolutamente terrestres, parientas de su Fornarina. Aquellos santos del *Juicio final*, de Miguel Angel, que se yerguen y retuercen en el cielo, son una asamblea de atletas capaces de combatir con bríos y de lanzarse á cualquier audacia. Un martirio, como el de San Lorenzo, es una noble ceremonia en que un hermoso mancebo desnudo se acuesta delante de cincuenta hombres vestidos y agrupados como en un gimnasio antiguo. ¿Hay alguno de esos personajes que se haya macerado? ¿Hay alguno que haya pensado, entre lágrimas y congojas, en el juicio de Dios, que haya rendido y domeñado su carne, que se haya llenado el corazón de las tristezas y dulzuras evangélicas?

Son demasiado sanos y vigorosos para eso; les sientan demasiado bien sus vestidos; están demasiado dispuestos á la acción pronta y enérgica. Se haría de ellos facilísimamente soldados ó soberbias cortesanas, admirables en una parada ó en un baile. Por lo mismo, todo lo que el espectador concede á su aureola es una genuflexión ó la señal de la cruz; después de lo cual

(1) Frase de Pulci.

(2) Véase sus bocetos en Oxford y los bocetos del religioso Fra Bartholomeo en Florencia. Véase también el *Martirio de San Lorenzo* por Baccio Bandinelli.

los ojos se recrean en su vista, y ellos no están allí más que para el recreo de los ojos. Lo que el espectador contempla en una madona florentina es el magnífico animal virgen cuyo tronco potente y cuyo pujante desarrollo anuncian la casta y la salud; no es la expresión moral, como hoy, lo que pintan los artistas, no es la profundidad moral de un alma atormentada y refinada por tres siglos de cultura; á lo que atienden es al cuerpo, hasta el punto de hablar con entusiasmo de las vértebras, «que son magníficas», de los omoplatos, que en los movimientos del brazo «son de un efecto admirable (1)». «El punto importante» para ellos es «hacer bien un hombre y una mujer desnudos». La belleza para ellos es la de la armazón huesosa que se articula, de los tendones que se aferran y estiran, de los muslos que van á erguir el tronco, del amplio pecho que respira desahogadamente, del cuello que va á girar. ¡Qué bueno es estar desnudos! ¡Qué bien se encuentra uno en plena luz para recrearse en su sano cuerpo, en sus poderosos músculos, en su alma gallarda y resuelta! Las espléndidas diosas reaparecen con su desnudez primitiva, sin pensar en que están desnudas; bien se ve, en la tranquilidad de su mirada y en la sencillez de su expresión, que siempre lo han estado, y que aún no las altera el pudor. La vida del alma no se opone aquí, como en nosotros, á la vida del cuerpo; no se rebaja ni menosprecia la segunda; no se teme poner de manifiesto sus acciones y sus órganos; no se ocultan: el hombre no sueña en aparecer todo espíritu. Ellas salen como en

(1) Benvenuto Cellini, *Principios sobre el arte del dibujo*. «Dibujarás entonces el hueso que hay entre las dos caderas. Es muy bello y se llama sacro... Los admirables huesos de la cabeza.»

otro tiempo del mar luminoso con sus caballos encabritados, erizando las crines, tascando el freno, aspirando por la nariz los olores salitrosos, mientras sus compañeros llenan con su aliento las resonantes caracolas; y los espectadores (1) avezados á manejar la tizona, á ejercitarse desnudos con el puñal y la espada de dos manos, á cabalgar por caminos peligrosos, sienten por simpatía el fiero arrojado de la espina arqueada, el esfuerzo del brazo que va á embestir y el largo estremecimiento de los músculos que se hinchan desde el talón hasta la nuca para enrijecer al hombre ó dispararle.

§ 2.—*La poesía.*

I

Ese paganismo, transplantado á razas y climas diferentes, recibe de cada raza y cada clima rasgos distintos y un carácter propio. Se hace inglés en Inglate-

(1) *Vida de Benvenuto Cellini.* Véase también estos ejercicios que prescribe Castiglione al hombre de cabal educación: «Però voglio che il nostro cortegiano sia perfetto cavaliere d'ogni sella... Et perchè degli Italiani è peculiar laude il cavalcare benè alla brida, il maneggiar con raggione massimamente cavalli aspri, il corre lance, il giostare, sia in questo de miglior Italiani... Nel torneare, tener un passo, combattere una sbarra, sia buono tra il miglior Francesi... Nel giocare a canne, correr torri; lanciar haste e dardi, sia tra spagnuoli eccellente... Conveniente è ancor sapere saltare, è correre...; ancor nobile exercitio il gioco di palla... Non di minor laude estimo il voltegiar à cavallo.» Pág. 55, ed. de 1585.

rra: el renacimiento inglés es el renacimiento del genio sajón. Es que torna la invención, é inventar es expresar el genio privativo: una raza latina no puede inventar más que expresando ideas latinas; una raza sajona no puede inventar más que expresando ideas sajonas, y al través de la civilización y de la poesía nuevas vamos á ver descendientes del antiguo Cædmon, de Aldhelm, de Piers Plowman y de Robin Hood.

II

«A fines del reinado de Enrique VIII, dice Puttenham, surgió una nueva compañía de poetas de corte, cuyos capitanes fueron sir Tomás Wyatt, el mayor, y Enrique, conde de Surrey, quienes habiendo viajado por Italia y saboreado el dulce estilo y las nobles cadencias de la poesía italiana, bien así como novicios acabados de salir de las escuelas del Dante, Petrarca y Ariosto, pulieron en alto grado nuestra poesía, que era basta y ruda, y por ello pueden llamarse justamente los primeros reformadores del estilo y del verso inglés.» No es que su idea sea muy original ni manifieste francamente el nuevo espíritu. La Edad Media finaliza, pero no ha acabado aún. En torno de ellos, Andrés Borde, Juan Bale, Juan Heywood y el mismo Skelton renuevan la insulsez de la pasada poesía y la rudeza del antiguo estilo. Las costumbres, apenas desbastadas, son aún medio feudales; en el campamento, delante de Landrecies, el comandante inglés escribe una carta amistosa al gobernador francés de Térouanne para preguntarle «si no tiene algu-